

*Tema 2 Apuntes para los alumnos*

El Dios cristiano: Padre, Hijo y Espíritu Santo

La fe cristiana confiesa un solo Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Conocemos este misterio porque Jesucristo nos revela al Padre y nos da el Espíritu. Estudiar la Trinidad nos ayuda a comprender quién nos salva y qué significa participar en su vida como hijos. La señal de la cruz resume una fe que aprendemos a conocer, celebrar y vivir.

La **Biblia** y el **Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica** acompañan este estudio. Las referencias al Compendio indican números de pregunta. El desarrollo sigue también *Para dar razón de nuestra fe cristiana*, tema 4, páginas impresas 21–24, dedicado al Dios trino y a la estructura del Credo.

1. El único Dios de Israel es el Dios de Jesucristo

1.1. La confesión de un solo Dios

La revelación de Dios tiene una historia. El Señor llama a Abrahán, libera a Israel y establece una alianza con su pueblo. Dentro de esa relación, Israel aprende a reconocer que hay un único Dios, al que debe amar con toda la vida. **Lee Dt 6,4–5 y Compendio 37.** La fe en un solo Dios recibe el nombre de **monoteísmo**. Ninguna criatura posee la divinidad ni puede ocupar el lugar del Creador.

Jesús confirma esta confesión de Israel. Al hablar del Padre y del Espíritu Santo, no añade dos dioses al que su pueblo ya conocía. Nos permite conocer la vida íntima del mismo Dios. La unidad divina es, por tanto, el punto de partida y una afirmación que permanece en toda la explicación cristiana de la Trinidad.

1.2. El nombre de Dios y su fidelidad

En **Ex 3,13–15**, Moisés pregunta por el nombre de quien lo envía. La respuesta de Dios se sitúa dentro de su promesa de acompañar y liberar a Israel. Dar a conocer su nombre hace posible invocarlo y confiar en Él. Dios se manifiesta como el que es y permanece fiel; su existencia no depende de otra realidad. **Consulta Compendio 38–40.**

Las cuatro letras **YHWH** representan el nombre divino transmitido en hebreo. En la lectura bíblica y litúrgica encontramos habitualmente la palabra **Señor**. Conocer el nombre de Dios no significa dominarlo mediante una fórmula: nos introduce en una relación de respeto, escucha y confianza.

1.3. La grandeza y la cercanía de Dios

Decimos que Dios es **trascendente** porque supera el mundo y no forma parte de él. Esa grandeza es compatible con su cercanía: conoce a sus criaturas, las ama y sostiene su existencia. La fe lo reconoce como verdad y amor. **Referencias: Compendio 41–42.**

Creer en un solo Dios orienta nuestra vida. La riqueza, el éxito o la opinión de los demás pueden tener un valor, pero no son absolutos. La adoración corresponde a Dios; las criaturas se reciben con gratitud y se usan con responsabilidad. **Para fijar la idea:** relaciona esta consecuencia con una de las actitudes que recoge **Compendio 43.**



2. Jesús nos muestra quién es el Padre

2.1. La relación singular de Jesús con Dios

Jesús se dirige a Dios como a su Padre y vive su misión en comunión con Él. Esta relación permite comprender su identidad. Llamarlo **Hijo de Dios** expresa mucho más que elogiar su conducta o reconocer una experiencia religiosa intensa. Jesús es el Hijo eterno que conoce al Padre y nos lo da a conocer. **Lee Mt 11,25–27; consulta Compendio 46 y 83.**

El relato del Bautismo de Jesús ayuda a reconocer esa relación. En **Mt 3,13–17**, Jesús sale del agua, el Espíritu se manifiesta sobre Él y se escucha la voz del Padre. Cada uno aparece en relación con los otros. Para leer el pasaje conviene identificar qué sucede y qué se manifiesta acerca de Jesús, antes de buscar una explicación de cada símbolo.

El Bautismo no convierte a Jesús en Hijo de Dios. Manifiesta quién es y cómo comienza públicamente su misión. Tampoco presenta a un solo personaje que interpreta tres papeles sucesivos. La oración de Jesús al Padre, su obediencia y el don del Espíritu muestran una distinción real. **Referencia de apoyo: Compendio 105.**

2.2. El Padre es Padre desde siempre

Cuando una persona humana llega a ser padre o madre, comienza una relación nueva dentro del tiempo. En Dios, la paternidad respecto del Hijo es **eterna**: no hubo un momento en que el Padre existiera y el Hijo todavía no. Por eso el Credo confiesa al Hijo como engendrado antes de todos los siglos. **Consulta Compendio 46 y el Credo niceno-constantinopolitano.**

Engendrado designa aquí la relación propia del Hijo con el Padre. No significa que el Padre fabrique una criatura ni describe un proceso corporal. El Hijo posee la misma divinidad del Padre. La palabra **creado**, en cambio, se refiere al origen de las criaturas, que reciben de Dios su existencia sin ser Dios.

Esta distinción explica por qué Dios es Padre antes de considerar su relación con el mundo. Es eternamente Padre del Hijo. Su amor creador y la filiación que nosotros recibimos se comprenden a la luz de esa vida divina, que no comienza con nuestra existencia.

2.3. Conocer la paternidad divina desde Jesucristo

La experiencia de nuestros padres puede ayudarnos a hablar de confianza, cuidado y amor. Sin embargo, todas las experiencias humanas tienen límites; algunas contienen heridas profundas. Dios no es una reproducción ampliada de las cualidades y defectos de un padre humano. Conocemos su paternidad a partir de Jesús, que revela cómo ama y actúa el Padre. **Referencia: Compendio 46.**

Esta forma de hablar tampoco atribuye a Dios un sexo corporal. Utiliza el nombre con el que Jesús nos revela una relación real. En el siguiente apartado distinguiremos la filiación eterna de Jesús y nuestra condición de hijos por gracia: ambas están relacionadas, pero no significan lo mismo.



3. El Espíritu Santo nos introduce en la vida filial

3.1. El Espíritu Santo es Persona divina

En la Biblia encontramos imágenes de viento, fuego, agua, unción y paloma vinculadas a la acción del Espíritu. Esas imágenes expresan su presencia y sus dones. En el Bautismo de Jesús, por ejemplo, la comparación con la paloma acompaña su manifestación. El símbolo visible no agota la realidad de quien actúa. **Referencias: Mt 3,16; Compendio 139.**

Jesús habla del Espíritu como el que acompaña a los discípulos, les enseña y les recuerda lo que Él ha comunicado. **Lee Jn 14,16–17.26.** La Iglesia reconoce en Él a una **Persona divina**, distinta del Padre y del Hijo, que comparte plenamente la única divinidad. Por eso lo invoca, lo adora y espera de Él el don de la vida nueva. **Consulta Compendio 47 y 136.**

Podemos hablar de la fuerza del Espíritu, porque transforma y sostiene la vida. Pero sería insuficiente identificarlo con una energía, una emoción o el entusiasmo de un grupo. Su acción personal hace posible conocer a Cristo, orar y amar. Una emoción puede acompañar ese don sin convertirse en su medida.

3.2. Los envíos del Hijo y del Espíritu

Gál 4,4–7 relaciona dos envíos: Dios envía a su Hijo a nuestra historia y envía el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones. Ambos se orientan a nuestra salvación. El Hijo asume nuestra humanidad y nos libera; el Espíritu nos permite vivir en relación con Dios como hijos. La expresión **misión divina** significa aquí envío dentro de la historia de la salvación.

El pasaje muestra que la salvación alcanza el interior de la persona. No consiste solamente en conocer desde fuera un acontecimiento del pasado. Por Cristo y en el Espíritu recibimos una relación nueva con el Padre, que transforma nuestra oración y nuestra manera de vivir. **Referencia de conjunto: Compendio 49.**

3.3. Hijos por gracia en el Hijo eterno

La **filiación adoptiva** es la participación gratuita que recibimos en la vida de Dios como hijos en Cristo. La palabra adopción indica que la recibimos como don. No significa que Dios finja querernos o que nuestra relación con Él sea una simple declaración exterior. La gracia nos une realmente a Cristo, conservando nuestra condición de criaturas. **Lee también Rom 8,14–17.**

Jesús es Hijo por naturaleza; nosotros somos hijos por gracia. Él posee eternamente la divinidad; nosotros participamos de la vida divina que nos comunica. No nos convertimos en nuevas Personas de la Trinidad. Esta distinción permite reconocer al mismo tiempo la grandeza del don y la diferencia entre Dios y nosotros.

Cuando rezamos el Padrenuestro, esta relación se hace oración. Cristo nos une a Él y el Espíritu sostiene nuestra confianza en el Padre. Aprender a orar implica recibir esa ayuda y perseverar también cuando no sentimos consuelo. El tema dedicado al Espíritu desarrollará su acción en la Iglesia y en cada creyente.



4. Una naturaleza divina y tres Personas

4.1. El sentido de las palabras naturaleza y persona

Para expresar la fe recibida, la Iglesia utiliza algunas palabras con un significado preciso. De modo introductorio, **naturaleza** responde a qué es alguien y **persona** ayuda a decir quién es. Al confesar la Trinidad afirmamos una única naturaleza divina y tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. **Lee despacio Compendio 48.**

El Padre es plenamente Dios, el Hijo es plenamente Dios y el Espíritu Santo es plenamente Dios. No poseen cada uno una tercera parte del ser o del poder divino. Tampoco reúnen tres divinidades semejantes, como tres personas humanas comparten una misma condición humana. En Dios, la divinidad es **una e indivisible**.

La palabra **consustancial**, aplicada al Hijo respecto del Padre en el Credo, expresa que posee la misma naturaleza divina. No quiere decir solamente que se parece mucho al Padre. La precisión protege lo que confesamos: Jesucristo nos salva como verdadero Dios hecho hombre, y el Espíritu nos comunica la vida de Dios porque es verdadero Dios.

4.2. Una distinción real que no divide a Dios

El Padre no es el Hijo, el Hijo no es el Espíritu Santo y el Espíritu Santo no es el Padre. La distinción se refiere a sus **relaciones de origen**: el Padre engendra, el Hijo es engendrado y el Espíritu procede. La tradición latina confiesa que el Espíritu procede del Padre y del Hijo. **Referencias: Compendio 47–48.**

Estos términos no describen una sucesión temporal ni una diferencia de dignidad. El Hijo no es más joven ni menos Dios que el Padre; el Espíritu no ocupa un nivel inferior. Las tres Personas son eternas y reciben una misma adoración. Los nombres expresan quién es cada una en relación con las otras dentro de la única vida divina.

Por eso decir que Dios es uno y tres no atribuye a lo mismo propiedades contradictorias en el mismo sentido. Confesamos **uno en la naturaleza y tres en las Personas**. Esta distinción no resuelve todo lo que podemos preguntar acerca de Dios, pero permite formular con coherencia el contenido central de la fe trinitaria.

4.3. Conocer un misterio sin agotarlo

En teología, **misterio** designa una realidad divina que Dios nos comunica y que supera nuestra capacidad de comprenderla plenamente. La Trinidad es el misterio central de la fe cristiana y sólo puede conocerse porque Dios la revela. **Consulta Compendio 44–45.**

Las comparaciones tienen límites. Los estados del agua pueden sugerir formas sucesivas de una realidad, sin mostrar una distinción personal permanente. Un grupo de tres seres humanos puede sugerir tres seres independientes. Ninguna de esas imágenes representa adecuadamente la Trinidad. La explicación se apoya primero en la revelación y utiliza las comparaciones con cuidado. Comprender algo verdadero acerca de Dios y reconocer su grandeza son actitudes compatibles: el estudio puede conducir a la adoración.



5. Una única obra de salvación

5.1. El Padre, el Hijo y el Espíritu obran inseparablemente

La distinción de las Personas no divide la acción de Dios. La creación y la salvación son obra del único Dios trino. Cuando confesamos al Padre como Creador, no excluimos al Hijo y al Espíritu. Cuando hablamos de la santificación por el Espíritu, no afirmamos que el Padre y el Hijo dejen de actuar. **Lee Compendio 49 y 52.**

En nuestra experiencia, varias personas pueden repartirse un trabajo porque cada una tiene sus capacidades, decisiones y acciones propias. Aplicar sin matices ese reparto a la Trinidad produciría una imagen equivocada. Las Personas divinas poseen la única naturaleza y obran inseparablemente. No necesitan negociar entre sí un proyecto común ni completar las limitaciones de otra Persona.

Podemos expresar la salvación como don del Padre, realizado por el Hijo y comunicado en el Espíritu. Este modo de hablar permite reconocer la relación propia de cada Persona con la única obra salvadora. El Padre envía, el Hijo viene a nuestro encuentro y el Espíritu nos une a Cristo. La distinción personal permanece dentro de la unidad de la acción divina.

5.2. Sólo el Hijo se hace hombre

La **Encarnación** es obra del Dios trino, pero quien asume nuestra humanidad es el Hijo. El Padre no se encarna y el Espíritu tampoco. La unidad de acción permite afirmar que Dios realiza nuestra salvación; la distinción personal permite reconocer quién es Jesucristo. **Consulta Compendio 86–89.**

Jesús es el Hijo eterno hecho hombre. Por eso, al hablar de su muerte en la cruz, confesamos que el Hijo entrega su vida humana por nosotros. No decimos que el Padre muere ni que la naturaleza divina deja de existir. El tema de Jesucristo desarrollará cómo una única Persona vive y actúa con verdadera naturaleza divina y verdadera naturaleza humana.

La precisión del lenguaje ayuda a comprender el amor de Dios. El Padre no es un Dios distinto del Hijo que deba ser convencido para amarnos. La entrega de Cristo manifiesta y realiza el amor salvador del Dios trino. **Referencia de enlace: Compendio 118–119.**

5.3. Las misiones nos permiten conocer la vida divina

Los envíos del Hijo y del Espíritu manifiestan quién es Dios y nos introducen en su comunión. En **Gál 4,4–7**, el anuncio de la filiación no aparece separado de esos envíos: conocemos al Padre por el Hijo y aprendemos a dirigirnos a Él en el Espíritu. La doctrina trinitaria explica, por tanto, el don de salvación que la Iglesia anuncia y vive.

Para relacionar las ideas: vuelve a **Mt 3,13–17** y **Gál 4,4–7**. El primer pasaje manifiesta al Padre, al Hijo y al Espíritu en la misión de Jesús; el segundo muestra cómo esa salvación alcanza al creyente. La confesión de un solo Dios en tres Personas reúne lo que la revelación nos permite conocer y celebrar.



6. La fe trinitaria que celebramos y vivimos

6.1. La estructura del Credo

El **Credo** es la profesión de fe de la Iglesia. Su organización permite reconocer tres grandes partes, relacionadas con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Dentro de ellas se sitúan la creación, la Encarnación, la Pascua, la Iglesia y la esperanza de la vida eterna. No forman una colección de asuntos independientes: pertenecen al único proyecto de Dios. **Consulta Compendio 33–35 y 44.**

Lee el Credo niceno-constantinopolitano, que aparece antes de la pregunta 33 del Compendio. La confesión del Hijo incluye su relación eterna con el Padre y su venida para nuestra salvación. La confesión del Espíritu reconoce que da la vida y recibe la misma adoración. La fe sobre la Iglesia y la vida futura prolonga la consideración de los dones que Dios comunica.

El Credo permite compartir una misma fe entre personas, comunidades y generaciones diferentes. Comprender sus fórmulas ayuda a pronunciarlas con mayor conciencia. La unidad de la fe no exige que todos tengamos el mismo nivel de comprensión, pero invita a crecer en el conocimiento de lo que confesamos.

6.2. La oración al Padre por Cristo en el Espíritu

La liturgia expresa habitualmente esta orientación: nos dirigimos al Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo. La conclusión de la Plegaria Eucarística ofrece un ejemplo. El término **doxología** significa alabanza y glorificación de Dios. La oración celebra la comunión que Dios nos concede; no es una explicación añadida desde fuera de la fe. **Referencia: guía primaria, tema 4, apartado 2.**

También podemos dirigir nuestra oración a Jesús o al Espíritu Santo. No abandonamos por ello la unidad trinitaria: las tres Personas son el único Dios. La **adoración** reconoce a Dios como Dios y pone la vida en sus manos. En cambio, la gratitud hacia una criatura, por grande que sea su santidad, no tiene el mismo sentido que la adoración divina.

La señal de la cruz vincula la vida cristiana con el Bautismo. En **Mt 28,16–20**, el mandato de bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo aparece unido a hacer discípulos y enseñar a vivir lo que Jesús manda. La confesión trinitaria y el seguimiento de Cristo permanecen relacionados.

6.3. Una fe que educa la comunión

Participar de la vida de Dios nos llama a recibir sus dones y a amar. La confianza en el Padre, la unión con Cristo y la acción del Espíritu sostienen el trato con los demás. La fraternidad responde a un don que nos precede; no convierte nuestras comunidades, siempre limitadas, en una reproducción exacta de la Trinidad.

Lee 2 Cor 13,11–13. La exhortación a vivir en paz y el saludo trinitario se encuentran en el mismo contexto. La comunión recibida de Dios pide una respuesta concreta: reconciliarse, escuchar y buscar el bien del otro. En la versión CEE, la bendición trinitaria está en el versículo 13; otras ediciones la numeran como 14.



7. Síntesis y vocabulario para el estudio

7.1. El recorrido del tema

Un solo Dios → Jesús revela al Padre y al Espíritu → Una naturaleza divina y tres Personas → Una obra de salvación → Vida filial y comunión.

Este recorrido comienza en la revelación y llega a nuestra vida. La Iglesia formula la fe trinitaria para expresar fielmente a quién conoce en Jesucristo y de quién recibe la salvación. La oración, el Bautismo y el Credo permiten reconocer esa misma fe en la vida de la comunidad.

7.2. Cinco afirmaciones que debes poder explicar

- 1. El Dios de Jesucristo es el único Dios de Israel.** La revelación de la Trinidad profundiza en su conocimiento y mantiene la confesión de un solo Dios.
- 2. Jesús es el Hijo eterno y nos revela al Padre.** Su filiación no empieza en el Bautismo ni equivale a la adopción que recibimos nosotros por gracia.
- 3. El Espíritu Santo es Persona divina.** Actúa personalmente en nuestra salvación y comparte plenamente la única divinidad con el Padre y el Hijo.
- 4. La distinción personal no divide a Dios.** Confesamos una naturaleza divina y tres Personas, realmente distintas por sus relaciones, iguales en dignidad y eternas.
- 5. La salvación nos introduce en la vida trinitaria.** El Padre, el Hijo y el Espíritu obran inseparablemente; sólo el Hijo se hace hombre y el Espíritu nos une a Él como hijos del Padre.

7.3. Palabras que conviene dominar

Trinidad. El único Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es el misterio central de la fe cristiana.

Naturaleza divina. La única e indivisible divinidad, poseída plenamente por cada una de las tres Personas.

Persona divina. El Padre, el Hijo o el Espíritu Santo, realmente distintos entre sí por sus relaciones de origen.

Engendrado y consubstancial. El primer término expresa la relación eterna del Hijo con el Padre; el segundo afirma que posee la misma naturaleza divina.

Misión divina. Envío del Hijo o del Espíritu Santo en la historia para realizar y comunicar la salvación.

Filiación adoptiva. Participación gratuita en la vida de Dios como hijos en Cristo. Es una relación real recibida por gracia, distinta de la filiación eterna del Hijo.

Doxología. Expresión de alabanza y glorificación dirigida a Dios, como la conclusión de la Plegaria Eucarística.

Método de repaso. Define naturaleza, persona y filiación con palabras propias; vuelve después a **Compendio 44 y 48-49**. Comprueba que tu explicación mantiene la unidad de Dios, la distinción de las Personas y la relación con nuestra salvación.